

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 174

ZÓSIMO

NUEVA  
HISTORIA

INTRODUCCIÓN TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
JOSÉ M.<sup>a</sup> CANDAU MORÓN



EDITORIAL GREDOS

entrada del enemigo, cerrando el avance al bárbaro, y elegir comandante supremo a Saro, quien de por sí poseía reputación como para infundir pavor al enemigo en razón de su valor y su experiencia bélica y disponía además de un contingente de bárbaros suficiente para oponer resistencia. Pero como ni firmó la paz, ni congregó al ejército romano, ni se atrajo la amistad de Saro, sino que puso sus esperanzas en las plegarias que elevaba Olimpio, infligió grandísimos males al Estado<sup>101</sup>. Designó comandantes del ejército, en efecto, a hombres aptos para suscitar desprecio en el enemigo, pues colocó al frente de la caballería a Turpilión, de la infantería a Varanes, de la unidad montada de los domésticos a Vigilancio<sup>102</sup> y a este tenor lo demás, por lo que todos, perdidas las esperanzas, creían tener ante los ojos la destrucción de Italia.

37 Así las cosas, Alarico se decidió a marchar contra Roma, lleno de irritación ante los preparativos de Honorio. Como, al tratarse de un empresa de dimensiones tan sumamente grandes, pensaba realizarla no simplemente en condiciones de igualdad, sino con efectivos bastante mayores, manda llamar de la Panonia superior al hermano de su esposa, Ataúlfo, para que tomara parte a su lado en el intento, dado que poseía una cantidad no despreciable de

<sup>101</sup> El establecimiento de Alarico en Panonia (o incluso en algún lugar próximo a Panonia) habría arrastrado el triunfo de aquella facción de los federados panonios, la de Ataúlfo, favorable a la unión con Alarico, lo cual habría implicado —junto al incremento de fuerza de los federados, unidos ahora en un solo bloque— un serio desequilibrio en el sistema de alianzas romano. Es posible que fuese tal condición lo que ocasionó el rechazo de la corte de Rávena.

<sup>102</sup> Turpilión fue nombrado *magister equitum praesentalis* (cf. A. DEMANDT, «Magister...», cit., col. 636), Varanes *magister peditum* y Vigilancio *comes domesticorum equitum*.

hunos y godos<sup>103</sup>. Sin aguardar, no obstante, su comparecencia, avanza hasta sobrepasar Aquilea y, tras ésta, las ciudades ubicadas al otro lado del río Po (esto es, Concordia, Altino y a continuación Cremona); cruzado el río sin que, como si de concurrir a una celebración festiva se tratara, ningún enemigo le saliese al paso, llegó a un puesto militar de Bolonia llamado Ecubaria<sup>104</sup>. Desde allí atravesó toda Emilia y, dejando atrás Rávena, alcanzó Rímini, una gran ciudad de Flaminia. Sobrepasó asimismo, seguidamente, Rímini y el resto de las ciudades pertenecientes a su demarcación para presentarse en Piceno, provincia situada hacia el extremo del Golfo Jónico<sup>105</sup>. Desde allí 4

<sup>103</sup> Sobre la no comparecencia de Ataúlfo véase n. 100.

<sup>104</sup> Identificable quizás con la actual Vigarano, 10 Km. al norte de Ferrara (cf. F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 84). Si se admite, como indica Zósimo, que desde el primer momento Roma era el objetivo de las huestes godas, en la ruta recorrida por éstas el paso por Cremona para ir luego a Bolonia y Rímini constituye un desvío hacia el Oeste de unos 200 Km. difícilmente justificable: de aquí que se hayan propuesto enmiendas al texto o pensado que el nombre de Cremona fue introducido en el presente pasaje en virtud de un accidente en la transmisión (véase F. PASCHOUD, *ibid.*). Cabe también aventurar que la decisión de marchar contra Roma fue tomada sólo cuando los invasores se hallaban en suelo italiano y que el objetivo primero de Alarico habría sido otro (así E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., págs. 433-34, y *La formation... De l'avènement...*, cit., págs. 454-55; H. WOLFRAM, *op. cit.*, pág. 162).

<sup>105</sup> Zósimo yerra al localizar el Piceno «hacia el extremo del Golfo Jónico», error que F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 84, explica así: PROCOPIO, *Bell.* III 2, 9, sitúa Rávena en el extremo del Golfo Jónico, de donde cabe deducir que los historiadores griegos tardíos confunden dicho golfo con el Mar Adriático; a esta confusión se superpondría en el presente texto otra entre Flaminia —al norte del Adriático— y Piceno, confusión facilitada por el hecho de que ambas demarcaciones formaron en el siglo IV una sola provincia, pero hacia el 398 fueron de nuevo separadas en dos, llamadas *Flaminia et Picenum annonarium* y *Picenum suburbicarium*.

se lanzó en dirección a Roma <sup>106</sup>, al tiempo que devastaba cuanto encontraba a su paso, ya fuese plaza fuerte o ciudad, de suerte que si los eunucos Arsacio y Terencio no hubiesen, anticipándose a la llegada de los bárbaros a estos lugares, huido en compañía del hijo de Estilicón, Euquerio, que había sido condenado a muerte por el emperador y a quien condujeron a Roma, donde se cumplió la resolución imperial, con toda seguridad el joven hubiera caído en manos de Alarico y alcanzado a salvarse. Una vez que llevaron a efecto la orden concerniente a éste y que pusieron a Termancia, la esposa de Honorio, en manos de su madre <sup>107</sup>, los eunucos, como no podían volver junto al Emperador por ningún camino, se embarcaron tomando el rumbo que lleva al país de celtas y gálatas <sup>108</sup>. Tras lle-

<sup>106</sup> Alarico se presentó en Roma a tiempo para apoderarse del trigo africano que abastecía a la capital (ZÓSIMO, V 39, 1; SOZÓMENO, IX 6, 2; FILOSTORGIO, XII 3); dicho abastecimiento llegaba a la desembocadura del Tiber en otoño. Por otra parte, Honorio, que estaba en Milán el 24 de septiembre del 408 (*Cod. Theod.* IX 42, 20), se refugió ante el avance de Alarico en Rávena, donde residía el 14 de noviembre del 408 (*Cod. Theod.* XVI 5, 42). Puede suponerse, a la vista de ello, que Alarico, cuya marcha debía ser lenta a causa de la masa humana que arrastraba consigo, salió de *Virunum* a finales de septiembre.

<sup>107</sup> En el capítulo 35, 3-4 se cuenta que a la muerte de Estilicón Euquerio se había refugiado en una iglesia cristiana de Roma para escapar a la muerte; hay pues una contradicción con el presente relato. FILOSTORGIO, XII 3, consigna que, tras morir su padre, Euquerio marchó a Roma, donde se acogió al asilo de un lugar sagrado; posteriormente, sin embargo, llegó una carta de Honorio que invalidaba el derecho de asilo al que se había acogido Euquerio, con lo que éste fue ejecutado. Es posible, como indica F. PASCHOUD, ed. cit., V, n. 85, que Zósimo haya resumido el relato de Olimpiodoro, de quien depende también Filostorgio, hasta el punto de omitir un elemento que explicaría la conexión entre el presente pasaje y lo consignado en 35, 3-4. Sobre Termancia véase n. 68.

<sup>108</sup> Esto es, a territorio galo.

gar al puerto de Génova, ciudad de Liguria, consiguieron refugiarse en Rávena, donde residía también el Emperador. Por tener el Emperador como cosa de gran utilidad para la república el recompensar a los eunucos que habían devuelto a Termancia a su madre y ejecutado a Euquerio, en gracia a semejantes muestras de valentía designó a Terencio chambelán del palacio imperial y a Arsacio lo nombró segundo en este cargo <sup>109</sup>. Y después de ordenar la muerte de Batanario, (comandante) de las tropas estacionadas en la Gran Libia <sup>110</sup> y marido de la hermana de Estilicón, entregó el puesto a Heracliano, ejecutor con su propia mano de Estilicón y, a título de tal, honrado con semejante nombramiento.

Estando ya Alarico en las inmediaciones de Roma y habiendo sometido a cerco a sus habitantes, concibió el Senado sospechas respecto a Serena en el sentido de que había atraído a los bárbaros a la ciudad; por ello el Senado todo, en unánime decisión, y Gala Placidia, la hermana por parte de padre del Emperador, decidieron la ejecución de aquélla como responsable de los males que se habían abatido sobre la ciudad. En efecto, una vez suprimida Serena, el mismo Alarico se había de retirar, pensaban, de la ciudad, al no haber ya nadie de quien pudiese esperarse el propósito de traicionarla. Pues bien, la sospecha era en realidad falsa (ya que Serena no había concebido ningún propósito semejante), pero aportó justo castigo a las impiedades perpetradas por ésta contra la divinidad, según inmediatamente voy a exponer: cuando Teodosio el Viejo, tras suprimir al usurpador Eugenio, tomó Roma e incitó

<sup>109</sup> *Primicerius sacri cubiculi*.

<sup>110</sup> *Comes Africae*, es decir, comandante del ejército *comitatensis* establecido en la diócesis de África.

a todos a despreciar los cultos sagrados negándose a proveer pública financiación para los sacrificios, sacerdotes y sacerdotisas hubieron de partir, y los recintos cultuales quedaron vacíos de cualquier ceremonia religiosa. Serena decidió entonces, haciendo escarnio de todo ello, visitar el templo de la Gran Madre, y al reparar en que el cuello de la estatua estaba ceñido por un adorno en correspondencia con la dignidad del culto debido a aquella diosa, lo quitó de la estatua para colocarlo en torno a su propio cuello <sup>111</sup>. Y cuando una anciana, resto aún subsistente de las vírgenes vestales, le echó en cara esta impiedad, respondió de forma ofensiva y dio a sus acompañantes orden de expulsarla. La anciana pidió a los dioses, en el momento de salir, que sobre Serena misma, su marido y sus hijos cayera todo el castigo que esta impiedad merecía. Mas como, sin tener en nada aquella maldición, se retirase Serena del recinto adornada con el aderezo, muchas veces la visita-

<sup>111</sup> Zósimo parece situar el sacrilegio de Serena en el curso de la presunta visita que hizo Teodosio a Roma en el 394 (cf. ZÓSIMO, IV 59); la suposición de que tal visita sea falsa no fuerza a considerar ficticio el despojo de la estatua aquí narrado, despojo que pudo ocurrir también en el 389 (cuando sabemos por CLAUDIANO, 24, 174-81, que Serena estaba en Roma; debe añadirse que los subsidios públicos al Colegio de las Vestales fueron suprimidos, según indica SÍMACO, *rel.* 3, 11, en el 382, por lo que ya en el 389 el Colegio podía registrar los síntomas de decadencia aludidos por Zósimo: cf. F. PASCHOU, ed. cit., V, n. 88) o en fecha posterior (cabe también imaginar con A. DEMANDT-G. BRUMMER, *op. cit.*, pág. 468 que Zósimo ofrece sólo el término *post quem* del espolio). El templo donde se sitúa la escena es posiblemente el *Metron* del Palatino, donde Cibeles-Rea era adorada bajo forma de una piedra negra traída de Pesinunte en el 204 a. C.; la piedra era anicónica, pero de ARNOBIO, *nat.* VII 51, y PRUDENCIO, *perist.* 10, 156-7, se concluye que posteriormente le fue añadida una cabeza, lo que explica la presencia de un aderezo en su cuello. Sobre el proceso contra Serena véase J. M. CANDAU, *La historia...*, cit.

ban, en sueño y vigilia, fantasías que apuntaban a su futura muerte, y también otros tuvieron sueños semejantes. La Justicia que recae sobre los impíos estaba tan determinada a ejecutar la pena adecuada al caso, que ni aún sabiendo lo que iba a ocurrir se guardó Serena de ello, sino que ofreció a la sogá el cuello en que había ceñido el adorno de la diosa. Se dice que tampoco Estilicón, a causa de una impiedad no alejada de ésta, escapó al secreto dictamen de la Justicia. En efecto, Estilicón mandó, según cuentan, desguarnecer unas puertas del Capitolio de Roma revestidas por una capa de oro que sumaba gran peso; y los encargados de ello encontraron escrito en una de las puertas *misero regi servantur*, que significa «para un triste soberano se guardan». Y alcanzó a realizarse lo que estaba escrito, pues triste y miserablemente abandonó aquél la vida <sup>112</sup>.

Mas tampoco la muerte de Serena hizo que Alarico desistiera del cerco, sino que él mismo tenía rodeada la ciudad y todas sus puertas, y, por otra parte, había hecho ocupar el río Tíber, con lo que impedía el abastecimiento por el puerto. Tras reparar en ello, los romanos decidieron resistir, a la espera prácticamente cada día de que acudiera de Rávena ayuda a la ciudad. Puesto que nada llegaba, viendo frustradas sus esperanzas determinaron disminuir la ración de alimentos y consumir sólo la mitad de lo que anteriormente se gastaba cada día, y después, al ir a más la escasez, la tercera parte. Dado que no había manera

<sup>112</sup> Con independencia de que el desguarnecimiento de las puertas del Capitolio sea o no cierto, Estilicón, que hasta el 407 había mantenido una política de relativa neutralidad en materia religiosa, decretó a partir de esta fecha —movido quizás por el afán de competir en celo cristiano con Olimpio— una serie de medidas antipaganas: cf. E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., págs. 400-401; A. D. E. CAMERON, *Claudian...*, cit., pág. 220.

de remediar la deteriorada situación y que cuanto contribuye al sustento faltaba, lógicamente al hambre vino a añadirse la peste, y toda la ciudad estaba llena de cadáveres.

3 Por ser imposible dar sepultura a los cuerpos (pues el enemigo vigilaba todas las salidas), la ciudad se convirtió en una tumba ocupada por los muertos, hasta el punto de resultar, también por esta razón, un lugar prácticamente inhabitable y de que, incluso sin la escasez de alimentos existente, hubiese bastado para acabar con las vidas el olor  
4 expelido por los cadáveres. Laeta, la esposa del que fue emperador Graciano, y Tisamene, su madre, socorrieron a gran cantidad de gente al compartir con ellos los artículos indispensables. En efecto, como el Estado las proveía con suministros de la mesa imperial, prerrogativa que disfrutaban por decisión de Teodosio, no pocos encontraban fuera de su casa alivio al hambre gracias a la humanidad de estas mujeres.

40 Habiendo alcanzado las penalidades un punto extremo, como, tras probar cuantas otras cosas tienen los hombres por impuras, corrían incluso el peligro de devorarse entre sí, decidieron enviar al enemigo una embajada por la que anunciaban que, dispuestos a una paz razonable, lo estaban más a combatir, pues el pueblo de Roma ya había tomado las armas y no iba a vacilar, dada su continua  
2 ocupación en asuntos de esta índole, ante la lucha. Elegido embajador Basilio, cuyo linaje procedía de Iberia y que había sido honrado con la dignidad de prefecto<sup>113</sup>, le acompañaba asimismo Juan, que había estado al frente de los secretarios imperiales llamados tribunos<sup>114</sup> y fue designa-

<sup>113</sup> *Praefectus urbi*; Basilio lo fue en el 395 (*Cod. Theod.* VII 24, 1). Cuando la embajada, es decir, hacia noviembre del 408, el prefecto de Roma era Pompeyano.

<sup>114</sup> *Primicerius notariorum*, cargo sobre el cual véase n. 67 al libro III.

do para la misión por conocer a Alarico y ostentar la representación de sus intereses. Pues los habitantes de Roma no sabían si Alarico estaba allí ni si era él mismo quien cercaba Roma: En efecto, daban pábulo a un rumor, que circulaba desde antes, según el cual había sido otro de los partidarios de Estilicón quien condujo las tropas contra la ciudad. Llegados a su presencia, los embajadores se  
3 limitaron, llenos de vergüenza por el error en que durante tanto tiempo habían estado los romanos, a comunicar la resolución del Senado. Tras enterarse de la cual, así como de que el pueblo estaba armas en mano preparado para luchar, Alarico dijo: «más fácil de cortar es la yerba cuando espesa que cuando clarea», y pronunciadas estas palabras prorrumpió en abundantes carcajadas a costa de los embajadores. Cuando procedieron a hablar sobre la paz, empleó términos que excedían la mera insolencia bárbara. Decía, en efecto, que no levantaría el cerco hasta hacerse con todo el oro y la plata que hubiera en la ciudad, además de cuantos enseres se hallasen en ella e incluso con los esclavos bárbaros. Y al decir uno de los embaja-  
4 dores: «si te hicieras con todo eso ¿qué otra cosa dejarías ya a sus habitantes?», respondió: «sus vidas». Tras recibir esta contestación, solicitaron los embajadores consultar con sus ciudadanos sobre el plan que debían seguir; obtenida venia para ello, pusieron a aquéllos al tanto de las conversaciones tenidas durante la embajada. Se convencieron entonces de que Alarico era el adversario, con lo que, desechado ya todo recurso a las capacidades humanas, dieron en recordar la divina ayuda que antiguamente solía asistir a la ciudad con motivo de los asedios y cómo por faltar a las tradiciones se habían visto privados de ella.

A tal punto llegados, Pompeyano, el prefecto de la ciudad, topó con unos hombres venidos de Etruria a Roma

que decían haber librado a una ciudad llamada Narnia <sup>115</sup> de los peligros circundantes, expulsando a los bárbaros que la asediaban mediante súbitos truenos y relámpagos surgidos gracias a las plegarias dirigidas a la divinidad y a las ceremonias efectuadas en conformidad con las tradiciones.

2 Y hablando con ellos entendió <sup>116</sup> cuántas ventajas se derivan de los ritos sagrados. Puesto que tenía en consideración cuáles eran las creencias dominantes, deseoso de llevar su plan a efecto con la mayor seguridad informa de ello al obispo de la ciudad, que era Inocencio. El cual antepuso la salvación de la ciudad a sus propias creencias, con lo que les permitió realizar secretamente aquello en <sup>3</sup> que eran duchos. Mas como afirmasen que cuanto se hiciera no aprovecharía a la ciudad a menos que las prácticas se efectuasen de manera oficial, lo cual implicaba que el Senado ascendiese al Capitolio y ejecutase allí y en los foros de la ciudad lo preceptuado, nadie se atrevió a tomar parte en la ancestral ceremonia, sino que dieron la espalda a los visitantes etruscos para dedicarse a adular al bárbaro <sup>4</sup> en la medida de sus fuerzas <sup>117</sup>. Así pues, envían otra vez embajadores y, tras copioso intercambio de discursos por ambas partes, se decidió que la ciudad entregase cinco mil libras de oro, otras tres mil de plata, cuatro mil túnicas de seda, además de tres mil pieles escarlatas y pimienta por un montante de treinta mil libras. Al no contar la ciu-

<sup>115</sup> La actual Narni. Según SOZÓMENO, IX 6, 4, el prefecto llamó a los etruscos.

<sup>116</sup> Traduzco aquí el texto resultante de la corrección propuesta por L. MENDELSSOHN, *op. cit.*, que no acepta F. PASCHOU, *ed. cit.*

<sup>117</sup> La noticia sobre este tímido resurgimiento del paganismo puede no ser cierta en todos sus extremos, pero el suceso (consignado también por SOZÓMENO, IX 6, 3-5) resulta típico de la turbulenta atmósfera creada en Roma con motivo de la invasión de Alarico.

dad con fondos públicos, los miembros del Senado que disponían de sus haciendas hubieron de cubrir la entrega mediante suscripción. Encargado Paladio de calibrar la <sup>5</sup> cuota según los recursos de cada cual, como no pudo reunir la suma total ya porque una parte de los bienes fuese ocultada por sus propietarios, ya porque la ciudad se hubiese empobrecido en general a causa del afán de lucro de sus sucesivos gobernantes <sup>118</sup>, el espíritu maléfico que administraba las suertes humanas indujo a quienes entonces regían los asuntos de la ciudad a la más desdichada de las acciones. Decidieron, en efecto, completar lo que <sup>6</sup> faltaba mediante los adornos de que estaban revestidas las estatuas de los dioses, lo cual no suponía sino dejar sin vida ni efecto, menoscabando la práctica de las ceremonias, imágenes erigidas con miras a las celebraciones sacras y provistas del boato que les era debido por guardar a la ciudad eternamente venturosa. Y puesto que de todas partes <sup>7</sup> habían de concurrir los elementos de ruina para la ciudad, no sólo despojaron las imágenes sino que incluso fundieron algunas de las que estaban hechas de oro y plata, entre ellas también las del Valor, al que los romanos llaman *Virtus*: aniquilada la cual, se extinguió cuanto de valor y de excelencia había entre los romanos, en conformidad con lo que los hombres versados en el culto divino y las ceremonias ancestrales profetizaron para tiempos sucesivos a aquél.

De esta manera, pues, fue reunida la aportación; se <sup>42</sup> acordó además enviar al Emperador una delegación que

<sup>118</sup> El prefecto de Roma disponía de un fondo destinado a sufragar el avituallamiento de la ciudad y los trabajos de obras públicas; pero posiblemente ese fondo no alcanzaba a cubrir un gasto imprevisto como el del rescate exigido por Alarico.

le informara de la paz en ciernes y de cómo Alarico pretendía hacerse no sólo con riquezas, sino también, y en calidad de rehenes, con hijos de los notables<sup>119</sup>, a fin de concluir, además de la paz, un tratado con el Emperador por el que marcharía junto a los romanos contra cualquiera que albergase intenciones hostiles hacia ellos. Puesto que también el Emperador accedió a la paz en estos términos, se le entregaron los bienes a los bárbaros y Alarico concedió a los habitantes de la ciudad tres días de mercado, permitiéndoles salir por determinadas puertas y accediendo, asimismo, a que se trajese el trigo desde el puerto. Los romanos obtuvieron un respiro y, mediante la entrega de cuanto les resultaba superfluo, compraron lo que necesitaban o lo consiguieron por intercambio con otras cosas, tras lo cual los bárbaros emprendieron la retirada de Roma para clavar sus tiendas en ciertos lugares cercanos a Etruria<sup>120</sup>. Casi todos los esclavos que estaban en Roma salían prácticamente cada día de la ciudad y se mezclaban con los bárbaros, cuyo número era de unos cuarenta mil<sup>121</sup>.

<sup>119</sup> Según se desprende de Zósimo, V 44, 1, los rehenes en cuestión no procederían de las familias nobles romanas, sino que debían ser entregados por la corte de Rávena.

<sup>120</sup> Es posible que, pese a trasladar su campamento a Etruria, los invasores no levantasen completamente el cerco de Roma, sino que mantuviesen, a la espera de que el Emperador cumpliera las condiciones exigidas, cierto control sobre los accesos a la ciudad; así se explicaría la noticia según la cual Alarico permitió tres días de mercado a los romanos antes de llevar sus huestes cerca de Etruria.

<sup>121</sup> Es absurdo suponer que, como parece indicar el presente pasaje, casi diariamente los esclavos romanos se mezclaran con los bárbaros (para, en consecuencia, volver a la ciudad de noche): posiblemente Zósimo quiere decir que cada día salían de la ciudad esclavos para unirse definitivamente a los godos, noticia esta que Sozómeneo, IX 6, 3, confirma, pero situando las fugas antes de la conclusión del acuerdo con Alarico y añan-

Algunos de los bárbaros, dedicados a merodear, comenzaron a asaltar a los que regresaban del puerto llevando algún artículo; al enterarse de ello, Alarico se apresuró, dado que no ocurría por decisión suya, a ponerle término. Y mientras parecía darse una moderada tregua en las calamidades, en Rávena el emperador Honorio inició el consulado —dignidad que había alcanzado con ésta ocho veces— y en Oriente el emperador Teodosio —por tercera vez—<sup>122</sup>.

En esto, el usurpador Constantino decidió despachar<sup>43</sup> unos eunucos al emperador Honorio con la solicitud de que le perdonase por haber consentido en tomar la corona. Pues no había optado a ella, afirmaba, por propia elección, sino bajo imposición de los soldados. Cuando el Emperador hubo oído su solicitud, como se daba cuenta de que le sería difícil, al no estar lejos los bárbaros de Alarico, atender a otra guerra y tomando en consideración a unos parientes que se hallaban retenidos por el usurpador (eran Vereniano y Dídimos), accede a sus solicitudes y le

diendo que la mayoría de los trásfugas eran esclavos bárbaros. No resulta admisible, por otra parte, que éste fuese el comportamiento habitual de «casi todos los esclavos que estaban en Roma», puesto que el número de habitantes de esta ciudad durante el siglo IV puede cifrarse, tasando por lo bajo, en unos 500.000 habitantes de los que una cuarta parte, es decir, 125.000, serían esclavos (cf. E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 471; F. PASCHOU, ed. cit., V, n. 99) y de ninguna manera habría admitido Alarico en su campamento —simplemente por razones de avituallamiento— una masa tan considerable. Quizás la cifra debe aplicarse exclusivamente a los esclavos de origen godo que había en Roma. Es preciso advertir que el texto de Zósimo ha sido corregido por Leunclavius y Bekker: de acuerdo con dicha corrección, aceptada por E. DEMOUGEOT, *De l'unité...*, cit., pág. 437 y *La formation... De l'avènement...*, cit., pág. 456, y J. MATTHEWS, *Western...*, cit., pág. 289, el número de 40.000 se referiría no a los godos sino a los esclavos huidos.

<sup>122</sup> Es decir, todos los acontecimientos narrados hasta aquí se desarrollaron con anterioridad a enero del 409.